

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador  
Departamento de Sociología y Estudios de Género  
Convocatoria 2022-2023

Tesina para obtener el título de Especialización en Migración, Desarrollo y Derechos  
Humanos

LAS VOCES DE VENESOLANDA, UNA MIRADA INTERSECCIONAL A LAS  
EXPERIENCIAS DE PRECARIEDAD DE LXS MIGRANTES VENEZOLANXS EN EL  
BARRIO DE SOLANDA.

Ramón Navarrete Pamela Belén

Asesora: Rivadeneira Suárez Lucía Catalina  
Lectores: Yapud Ibadango Guadalupe Del Rocio

Quito, octubre del 2024

## **Dedicatoria**

A lxs amigxs venesolandeñxs que conocí. Para lxs que ya no están, para lxs que están y lxs que vienen.

## Epígrafe

Porque me duele si me quedo

Pero me muero si me voy

Por todo y a pesar de todo, mi amor

Yo quiero vivir en vos...

—María Elena Walsh

## Índice de contenidos

<b>Resumen .....</b>	<b>7</b>
<b>Agradecimientos .....</b>	<b>8</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>9</b>
<b>Capítulo 1. Marco teórico .....</b>	<b>14</b>
<b>Capítulo 2. Marco contextual .....</b>	<b>20</b>
<b>Capítulo 3. Principales hallazgos de la investigación.....</b>	<b>26</b>
3.1 Roles de género: desigualdades y violencias .....	27
3.2 Clase social: la vergüenza y el estigma de ser pobre .....	33
3.3 La diferencia cultural: causa de discriminación .....	36
3.4 Migraciones precarizadas: cuando las vulnerabilidades se encuentran .....	38
<b>Conclusiones .....</b>	<b>41</b>
<b>Referencias .....</b>	<b>43</b>



## **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesina**

Yo, Pamela Belén Ramón Navarrete, autora de la tesina titulada “Las voces de Venesolanda, una mirada interseccional a las experiencias de precariedad de lxs migrantes venezolanxs en el barrio de Solanda”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de especialización concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, octubre del 2024



---

Firma

Pamela Belén Ramón Navarrete

## **Resumen**

Uno de los sectores que mayor presencia de migrantes venezolanos ha presentado en Quito es el sur, concretamente el barrio de Solanda, lugar notable en el imaginario urbano por ser considerado un barrio altamente comercial, pero también fuertemente marcado por el estigma de barrio peligroso. La presencia venezolana es tan significativa que el barrio es llamado por algunos “venesolanda”. Según el informe del Grupo de Trabajo para Refugiados y Migrantes (GTRM) el 79% de la población migrante trabaja en el sector informal. En Solanda la mayoría de migrantes venezolanos se dedica a la venta de diversos artículos en la calle J, una de las más concurridas en el sur de Quito.

En este contexto, el estudio pretende comprender las experiencias de precariedad que viven los trabajadores informales migrantes, en el barrio de Solanda. El concepto de precariedad que se plantea aquí es amplio y multidimensional y se entiende como el “conjunto de condiciones, materiales y simbólicas, que determinan una incertidumbre acerca del acceso sostenido a los recursos esenciales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto” (Precarias a la deriva 2004, 28). Esta definición permite reconocer y visibilizar las conexiones entre lo económico y lo social, y entre lo público y lo privado.

Desde un enfoque interseccional se analizan las experiencias de los sujetos subalternos cuestionando, como lo indican Cordero, Mezzadra y Varela (2019), miradas esencialistas, racistas, paternalistas y excluyentes. El análisis interseccional nos permitirá visibilizar la influencia de diversos ejes de desigualdad en las experiencias de precariedad de varios migrantes venezolanos, que trabajan de manera informal, en el barrio de Solanda.

## **Agradecimientos**

Agradezco a la vida por la oportunidad de seguir aprendiendo, a mi querida tutora por su apoyo constante en este proceso y a mis hijas por ser mi mayor motivación.

## Introducción

Con esta tesina me propongo comprender las experiencias de precariedad de los trabajadores venezolanos informales. La perspectiva interseccional nos acercará a las variadas dimensiones que constituyen las experiencias de los sujetos en situaciones de vulnerabilidad. Y, en este sentido, comprender cómo los migrantes venezolanos informales han enfrentado contextos de crisis, en donde los ejes de desigualdad profundizan la precariedad.

Solanda es un barrio que desde sus inicios acoge migración interna. En el documental *Zoolanda, ciudad sur* (2021) se evidencia la diversidad de las familias que habitaron el sector, algunas oriundas de Esmeraldas, Loja, Imbabura, Guayas, Bolívar, Manabí, y de otras provincias. Todas de la clase trabajadora que con escasos recursos y organización construyeron la ciudadela y sus viviendas.

Entre las décadas de los 80's y 90's del siglo pasado empezaron a surgir los primeros negocios del barrio: tiendas de abarrotes, heladerías, sastrerías, zapaterías, picanterías, sitios de comida rápida, alquileres de video, etc. Con la llegada del nuevo milenio, la vocación comerciante del barrio solo se fortaleció, nuevos negocios aparecieron, la diversidad de ofertas se convirtió en el principal atractivo de Solanda.

Esta vinculación entre migración y comercio es la que ha hecho que la migración internacional también se interese en Solanda. Los barrios populares son los espacios preferidos para trabajar y habitar. Los beneficios que ofrecen en costos y en la diversidad de ofertas generan variados flujos de comercio y migración, formal e informal. En ese sentido, los migrantes en situación de irregularidad optan por estos espacios para ejercer todo tipo de trabajo.

A partir del 2015 empezó a ser notable la presencia de personas venezolanas que se movían en el barrio en búsqueda de alojamiento y trabajo, y que optaron en buena medida por invertir en pequeños negocios, especialmente en estéticas urbanas o emprendimientos de comida. Según Herrera y Cabezas (2020), los migrantes venezolanos que llegaron a partir del 2015 tenían mayor capacidad adquisitiva que los que llegaron en 2018, cuando “tuvo lugar un verdadero éxodo, con un crecimiento vertiginoso de la emigración a consecuencia del deterioro de las condiciones de vida”.

La precariedad, como condición de vida, es parte de los efectos de la globalización neoliberal que, como lo plantea Sassen (2007) (2014), ha reorganizado el trabajo y las formas de producción, ha intensificando procesos migratorios a nivel mundial, en medio de contextos de

crisis que empeoran las condiciones de los migrantes irregulares. Los Estados y sus leyes limitan o niegan el acceso a derechos elementales, los abusos se vuelven más frecuentes y las desigualdades se naturalizan.

Los migrantes son parte un ejército de obreros precarizados, que representan la exportación o transferencia de mano de obra barata para sostener la globalización de la economía. Castles indica que: “La expresión trabajo precario se utiliza cada vez más para caracterizar la reestructuración neoliberal de los mercados de trabajo. Los migrantes constituyen una gran parte del precariado mundial” (Castles 2013, 30).

Para comprender las relaciones sociales de poder y los contextos en que se producen las desigualdades sociales, es necesario acercarse a la realidad vivida por los sujetos. Las experiencias relatadas por varias mujeres y hombres migrantes, de diversas edades, nos acercan a variadas formas de precariedad y vulneración. El contexto de crisis en el que se producen estos flujos migratorios empeora la situación de muchos venezolanos que ya vivían situaciones de pobreza en su país y que, en sus destinos, frecuentemente, ha empeorado. Como lo indican Cabezas y Herrera: “Según datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (Encovi) de Venezuela, para el 2019, el 87% de los hogares en el país está en la categoría de pobres y 80% en inseguridad alimentaria” (2020, 18).

La convivencia con esta población ha tenido sus características propias y altibajos, haciendo insoslayables sus efectos en la dinámica barrial. Los migrantes venezolanos y venezolanas, con quienes he tenido contacto, son en su mayoría personas empobrecidas, que están en la búsqueda constante de espacios que les permitan desarrollar sus proyectos de vida. En este escenario, la migración venezolana en Solanda no se ha detenido y, de hecho, ha logrado ser lo suficientemente amplia como para permitirles a los migrantes reconstituir cierto tejido social para hacer frente a su cotidianidad.

Los antecedentes expuestos son parte de una etnografía, en la que estoy implicada, pues habito en el barrio desde hace más de 30 años. La auto-etnografía es parte la investigación etnográfica. La mirada del investigador esta implicada, de manera directa, en la exploración del trabajo de campo y en la construcción de sus interpretaciones. El proceso está marcado por la subjetividad del que investiga, y se va tejiendo entre lo personal y lo social, en interacción constante con el entorno.

En este contexto, planteo la siguiente pregunta de investigación:

¿Cómo los migrantes venezolanos informales experimentan la precariedad en su día a día?

El objetivo general de este estudio es comprender las experiencias de precariedad de los migrantes informales en el barrio de Solanda. Para esto propongo como objetivos específicos: 1) identificar cómo se manifiesta la desigualdad en las vidas de los migrantes venezolanos; 2) analizar la informalidad como un detonante de prácticas de vulneración que profundiza las condiciones de precariedad de la población migrante en Solanda; y 3) describir las condiciones de feminización del trabajo precario en las mujeres migrantes.

Investigar a Solanda y su realidad migratoria es estudiar mi propio contexto, a mis vecinas y vecinos, por ello la estrategia metodológica de recolección de información que he escogido es fuertemente cualitativa y etnográfica. Mediante el muestreo de bola de nieve he abordado desde diversas técnicas a seis personas migrantes venezolanas, en total tres parejas. Cómo desarrollé estos encuentros y sus implicaciones, lo expondré con más cuidado en el tercer capítulo.

Específicamente he aprovechado dos herramientas metodológicas: observación participante y entrevistas. El acercamiento a sus escenarios y dinámicas lo realicé a partir de la observación participante que me permitió registrar, de primera mano, los comportamientos de las personas que participan en este estudio. Las entrevistas semi-estructuradas y a profundidad me permitieron acercarme al universo simbólico y a la subjetividad de las personas, a través del relato de sus experiencias. Esto se acompañó de la escritura de mi diario de campo, las respectivas grabaciones de audio y, a veces, el registro de ciertas imágenes de los entrevistados.

Estudiar esta dinámica me ha permitido elaborar interpretaciones, más allá de la romantización o de la discriminación, a las que se han visto expuestos los migrantes venezolanos. En este acercamiento he constatado la deficiencia y la negligencia de los Estados, tanto de origen como de destino, para priorizar la vida de las personas en situaciones de movilidad; el recrudescimiento de discursos xenófobos y de odio; pero también formas de solidaridad y resiliencia.

La mayoría de entrevistados ha pasado por varios países de la región o por varias ciudades en los países de destino, esos circuitos o rutas de migración responden a lo que Herrera y Cabezas (2020) han denominado “migración de supervivencia”, es decir, que los migrantes se mueven de acuerdo a las oportunidades que encuentran. Es así que, hay una gran cantidad de personas que ha decidido regresar a su país, pues consideran que Ecuador camina a la debacle que ya vivieron en Venezuela.

Esta migración a la deriva sin ningún tipo de garantías, ni al salir del país, ni al llegar a los diferentes destinos, incrementa los riesgos de los migrantes que, en la mayoría de los casos, viaja en familia o que busca, progresivamente, la reunificación. Los migrantes entrevistados no cuentan con ningún tipo de visa, tampoco se han interesado en conseguir alguna. Varios ingresaron con su pasaporte que, a la fecha, está caducado, lo que algunos dicen es que, de todas maneras, de nada sirve regularizarse si, finalmente, no logran los beneficios esperados. En ese sentido, algunos ven a Ecuador como país de paso o como un espacio límbico “hasta ver que sucede” con su situación.

La precarización de la vida genera una serie de malestares y violencias cotidianas que se naturalizan en el discurso de que cada quien es responsable de su progreso y superación. La depravación del sistema neoliberal se esconde en lo que Stolcke (2000) llama “una trampa ideológica”, es decir que el bienestar de una persona depende de su esfuerzo individual, sin considerar las condiciones de explotación de la mayoría de la población.

La libertad que pregona el sistema queda deslegitimada por las restricciones que los países imponen, a partir de criterios de clasificación excluyentes. Los trabajadores migrantes experimentan mayor precarización, la reestructuración capitalista necesita de la reproducción de mano de obra barata para conseguir mayor productividad a menor costo.

Cabe señalar que, los migrantes tanto en condiciones de regularidad como de irregularidad, representan una contribución importante para los países de destino, y específicamente para los espacios que habitan. En el ámbito sociocultural, por ejemplo, aportan diversidad de todo tipo, gastronómica, lingüística, deportiva, musical, etc. En lo que respecta, a la economía dinamizan la productividad de los sectores en donde están. Es decir que, los migrantes en situaciones de vulnerabilidad, también son sujetos activos, capaces de iniciativas que les permiten hacer frente a las políticas y estructuras sociales que los precarizan.

En mi trabajo, y por medio de la voz de seis personas migrantes, he tratado de sintetizar estas experiencias complejas que “dibujan”, el retrato de una parte de lo que es, la migración en Solanda y que revelan cómo la vulnerabilidad migra también junto a los cuerpos que la padecen; pero también cómo se construyen estrategias, formas de hacer y sobrevivir que permiten a los migrantes resolver su día a día.

Para exponer esta situación, he ordenado mi argumento en cuatro capítulos. El primero corresponde al marco teórico, que expone las principales herramientas teóricas que he

utilizado para construir una mirada analítica del fenómeno que me interesa. Destacan aquí autoras como Martha Lamas (2022), Magliano (2015), Herrera y Cabezas (2019), etc.

El segundo capítulo corresponde al marco contextual del fenómeno de estudio, ahí amplió el contexto de Solanda y su relación con la migración, particularmente de la migración venezolana. El tercer capítulo, expone la experiencia de aplicación metodológica y los hallazgos de la investigación, tratando de combinar la voz de las personas migrantes, junto con la mía como investigadora, analizando la información obtenida, pero permitiendo también que sean las propias personas quienes exponen sus ideas y demandas con fuerza y claridad. Por último, el cuarto capítulo a manera de conclusiones, sintetiza la información obtenida de la interacción de los ejes de desigualdad que atraviesan la vida de un migrante en situación de irregularidad, en el barrio de Solanda.

## Capítulo 1. Marco teórico

El objetivo de esta investigación es comprender las experiencias de precariedad de los migrantes venezolanos que viven en Solanda, a partir de ciertos ejes de desigualdad que atraviesan sus vidas. Nos acercamos a estas realidades a través de las categorías de género, etnia /“raza”, clase, para cuestionar ideales hegemónicos que configuran formas de vida específicas. El concepto de precariedad que se usa es amplio y da cuenta de una serie de argucias y estrategias del capitalismo contemporáneo para limitar el acceso a recursos y el pleno ejercicio de los derechos fundamentales de las personas.

... llamaríamos entonces precariedad al conjunto de condiciones, materiales y simbólicas, que determinan una incertidumbre acerca del acceso sostenido a los recursos esenciales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto. Esta definición permitiría superar las dicotomías público/privado y producción/reproducción y reconocer y dar visibilidad a las interconexiones entre lo social y lo económico que hacen imposible pensar la precariedad desde un punto de vista exclusivamente laboral y salarial (Precarias a la deriva 2004, 28).

La precariedad de las condiciones de vida va más allá de la visión economicista, tiene que ver con el desmantelamiento sistemático de programas de inversión y protección social, con la flexibilización laboral, la sobreexplotación de los recursos, la invisibilización de los trabajos de cuidado, en definitiva, con el poder del capital sobre la vida.

Este concepto da cuenta de las dinámicas de superexplotación y desbordada desigualdad que caracterizan a las sociedades contemporáneas. Todo esto en el marco de una “crisis ecológica planetaria, las innovaciones tecnológicas, la virtualización de las relaciones sociales, la masificación de las comunicaciones, la expansión de la industria cultural, la mercantilización de los bienes comunes, etc” (Sassen, 2003).

Entre las referencias teóricas que ubican a la precariedad como la intersección de diversas formas de vulneración y coerción del capitalismo global, que afecta de forma notable a los países del Sur Global, me interesa particularmente el trabajo de Gioconda Herrera y Gabriela Cabezas, quienes describen la constante interrelación de elementos políticos, sociales, económicos y de género a lo largo de los años para configurar un escenario donde la precariedad se expone como un proceso que evoluciona y amplía su impacto a sectores cada vez más vulnerables. En el caso de la migración venezolana, las autoras señalan que una de las principales características es la diversidad de los flujos que responden a distintas etapas migratorias:

En el caso de Perú y Ecuador, a partir de 2016 empiezan a llegar sectores de clase media cada vez más empobrecida, con niveles educativos universitarios y con empleos públicos o en el sector privado en áreas administrativas (Herrera, 2019). De modo progresivo el flujo va cambiando y a finales de 2018 y en el 2019 son sectores más empobrecidos aun los que predominan en las nuevas llegadas, que conforman un grupo muy amplio de trabajadores y familias en condiciones muy precarias, quienes, como se verá después, encuentran muchas dificultades para insertarse en mercados laborales. En esta segunda etapa existen poblaciones vulnerables que en otros momentos no migrarían: mujeres embarazadas, personas con discapacidades o de la tercera edad, niños y adolescentes (Herrera y Cabezas 2020, 7).

Las mismas autoras exponen cómo la pobreza y la precarización son fenómenos de los que muchas veces no se sale, sino que se desplazan con las personas migrantes y se reproducen en los lugares de acogida:

Algunos estudios han empezado a calificar la migración venezolana como una migración de supervivencia y no sólo económica (Freier, 2019) al referirse a que la salida de la población no sólo busca mejores ingresos, sino que huye de condiciones de inseguridad. No obstante, los primeros resultados de estudios acerca de la inserción social y laboral muestran que esas condiciones de precariedad e inseguridad tienden a reproducirse en los lugares de destino debido a la crisis económica y a la creciente xenofobia (Herrera 2020, 12).

El trabajo de campo muestra que los migrantes informales del sector, provienen de sectores populares, no necesariamente privilegiados, y que al llegar a su destino su situación, generalmente, se deteriora. En este sentido, es común la variabilidad de sus itinerarios de trabajo y la inestabilidad que esto supone, pues se movilizan de acuerdo a las oportunidades laborales que se les presentan, y también de acuerdo a las redes de apoyo que, en algunos casos, suponen alivio moral y económico.

La internacionalización de los mercados, como parte del proyecto globalizador, ha generado cambios en la organización del trabajo y la producción, y una de las consecuencias más significativas es la legitimación de la precariedad como condición de vida. Se pueden comprender las relaciones de poder y las desigualdades sociales como el resultado dinámico de matrices de dominación que construyen la enfermedad y la cura de un sistema decadente, pero con gran capacidad de mutar.

Los masivos movimientos migratorios responden a la “crisis de reproducción de la vida” (Precarias a la deriva 2004), que se profundiza a nivel mundial, sobre todo en los países del sur

global, de donde el capital extrae su riqueza y explota recursos humanos y naturales para sus fines. En este contexto, se entiende que para el sistema existan unas vidas que valen más que otras, y que existan cuerpos anormales, desechables y expulsables.

Reparar en las categorías de desigualdad que atraviesan las vidas de los migrantes permite desnaturalizar su condición precaria y visibiliza las múltiples formas y rostros que adquiere el sistema para sostener la explotación de ciertos sujetos, que no cuentan con suficientes capitales para poder satisfacer sus necesidades o que logran hacerlo en condiciones de (auto) explotación.

En términos generales, la perspectiva interseccional, “emerge como una apuesta teórico-metodológica para comprender las relaciones sociales de poder y los contextos en que se producen las desigualdades sociales, y hace posible un análisis ‘complejo’ de la realidad vivida por los sujetos, mujeres y varones” (Magliano 2015, 691).

Desde sus inicios uno de los pilares fundamentales del capitalismo fue la división sexual de la fuerza de trabajo, a partir de ciertas ideologías se legitimó un sistema de dominación político y económico, que se basa en la dicotomía entre lo natural y lo cultural, entre lo femenino y lo masculino: “las mujeres tienen a los hijos y por lo tanto, los cuidan: ergo, lo femenino es lo maternal, lo doméstico contrapuesto con lo masculino como lo público” (Lamas 2022, 60). Las diferencias biológicas crean estereotipos y roles sociales que naturalizan la desigualdad social.

Si bien en las últimas décadas las mujeres han conseguido incorporarse, cada vez más, al mercado de trabajo, no es menos cierto que lo hacen en condiciones de desigualdad, con salarios más bajos y con mayores limitaciones para participar en ciertos espacios. El rol maternal y de cuidadoras que se les asigna duplica su tiempo de trabajo; al empleo formal (si es que hay) se le suma el cuidado de la casa y el de los hijos.

El contexto de globalización neoliberal demanda una serie de ajustes estructurales con altos costos sociales, lo que ha generado condiciones de alta vulnerabilidad en los países en vías de desarrollo, ejerciendo mayor presión sobre las mujeres, a cargo de satisfacer las necesidades de reproducción, “esto ha desencadenado una serie de circuitos asociados a mercados transfronterizos que se ha convertido en una alternativa de subsistencia” (Sassen 2003).

Atendiendo a lo que dice Sassen, la migración de mujeres por búsqueda de empleo termina generando la feminización de la supervivencia, en donde las mujeres precarizadas quedan expuestas a circuitos legales o ilegales, que las acoge en nichos específicos del mercado

global del trabajo. Es importante resaltar que el rol que las mujeres migrantes juegan en los procesos actuales de globalización es determinante, puesto que son ellas las que subsidian el desarrollo productivo de sociedades enteras.

Si bien la migración femenina da paso a transformaciones significativas en los ámbitos laborales, sociales, y simbólicos, los espacios asignados son parte de una falsa, o al menos una parcial inclusión, pues siguen ejerciendo los clásicos roles de cuidado y reproducción. “La discriminación en el mercado de trabajo, salarios desiguales, las dificultades de las mujeres para participar en la política son algunos de los resultados de lo profundos que son los efectos de esta conceptualización esencialista” (Stolcke 2000, 50).

La categoría de género no puede comprenderse de manera aislada, sino a partir de la interacción con otras. La interseccionalidad es una herramienta teórica-conceptual que permite explorar la vida de las mujeres migradas “sus cuerpos sexuados, racializados, colonizados y transfronterizos y la manera en que se han configurado las relaciones de subalternidad e itinerarios de lo femenino” (Contreras, Trujillo 2017, 153).

Las jerarquías entre mujeres, expresadas en categorías de desigualdad como raza, etnia, clase, estatus migratorio, etc., permiten visualizar las opresiones propias del sistema patriarcal. Por ejemplo, “la violencia simbólica-institucional que se ejerce con las leyes de extranjería que per se, son racistas y excluyentes y las discriminaciones, prejuicios y estereotipos presentes en el imaginario social” (Contreras, Trujillo 2017, 153).

Respecto de los tres ejes fundamentales de la interseccionalidad, el cuestionamiento a las interpretaciones esencialistas tanto de sexo binario como de “raza” han evidenciado ciertas construcciones sociales que responden a ideologías políticas y culturales para legitimar la opresión y el poder en manos de unos cuantos. Las categorías de raza y género han sido cuestionadas por estudios que han desmontado su validez científica y las han expuesto como discursos con intereses específicos de poder. “Por lo tanto, una explicación del cómo y del porqué de doctrinas y discriminaciones racistas hay que buscarla en los procesos sociopolíticos en que se dan” (Stolcke 2000, 40).

Sobre la “raza”, el colonialismo es el momento histórico que marca la expansión capitalista. El discurso de “razas superiores” nace como parte de las estrategias de legitimación y dominación del sistema colonial, que se actualiza de acuerdo a los contextos. La naturalización de las desigualdades sociales encuentra asidero en la perspectiva eurocéntrica,

que se erige como lo universal, estableciendo relaciones de negación y anulación hacia otras formas de ser y estar en el mundo (Hernández 2008).

Hoy ya no se habla de razas, el término que reemplaza a esta categoría es el de étnia, que se ha creado para referirse a las culturas y a sus particularidades. “Los conceptos de "etnicidad" y "grupo étnico", en el sentido de identidad cultural, fueron adoptados para sustituir el término "raza" precisamente para subrayar el carácter ideológico-político de las doctrinas y discriminaciones "racistas"” (Verena 2000, 34). Es decir que, las diferencias socioculturales siguen siendo parte de interpretaciones “racistas”, que cumplen la misma función, es decir, la de legitimar las desigualdades sociales, a causa de las diferencias.

La alienación llega a ser tan potente que la discriminación se da entre grupos de la misma condición social. Esto impide que las poblaciones vulneradas se organizan y puedan reclamar sus derechos. Por el contrario, se tiende a reforzar el discurso que responsabiliza al individuo considerado “libre”, por su incapacidad de aprovechar las oportunidades que el sistema le da.

Así se entiende que los países centrales e incluso los periféricos tengan actitudes hostiles hacia ciertas migraciones. La discriminación hacia culturas igual de despojadas y violentadas que las nuestras, la polarización de los sectores como consecuencia de una sociedad de clases, la degradación de los menos privilegiadxs, sugiere la instauración y la normalización de la pobreza.

En este marco, la perspectiva interseccional sugiere que no existe una percepción de género que sea racial y étnicamente ciega, “al contrario, las percepciones están basadas en una constitución de atributos sociales de los individuos en el marco de la interacción -etnicidad, género, clase- antes que en una única dimensión” (Magliano 2015, 694). El nivel de precariedad se incrementa dependiendo de las vulnerabilidades a las que se enfrentan: irregularidad, discriminación, desconocimiento de la cultura, las leyes, etc.

La mano de obra migrante permite al empleador evadir impuestos y el pago de seguridad social, tampoco se reconoce ningún beneficio de ley. La precarización de la vida crea individuos capaces de aceptar condiciones inhumanas de trabajo, a cambio de un pago mínimo, pues los gastos a cubrir son varios: la manutención de la familia en origen, las deudas adquiridas, el sustento propio, etc.

En el campo de la investigación sobre migración y trabajo, la interseccionalidad puede resultar potencialmente útil para examinar los sentidos e implicancias del mercado laboral en la vida de los/as migrantes, en tanto la articulación de clasificaciones sociales (sean de género,

etnicidad, clase, sexual, etc.) puede producir subordinación respecto al trabajo a la vez que justificar y naturalizar la inserción de los/as migrantes en actividades específicas, en general inestables, mal pagas e informales (Magliano 2015, 701).

Los trabajadores migrantes representan para el capital mano de obra barata, incremento de la productividad y reducción de costos. Este grupo puede ser catalogado, desde una lectura marxista (Castles 2013) como “trabajadores no libres” ya que han sido obligados a dejar sus hogares, han sido expulsados de sus países, en donde no tenían o tenían de forma limitada, acceso a sus derechos fundamentales. Al llegar al nuevo destino los trabajadores migrantes no pueden competir en condiciones de igualdad con los trabajadores locales, ya que enfrentan discriminación social e institucional, se desconocen sus derechos.

Las conceptualizaciones expuestas en esta sección señalan cómo la matriz socio-económica y política global construye dinámicas de dominación que vinculan factores de clase, género, etnia/raza, clase, estatus migratorio, entre otras, configurando las experiencias de sujetos subalternizados, en medio de un capitalismo depredador, que se alimenta de la incertidumbre y de la vulnerabilidad social que él mismo produce. En las secciones siguientes, usaremos estas bases teóricas para enlazarlas con una metodología que permita profundizar en la experiencia interseccional de la migración venezolana y construir interpretaciones amplias respecto a este fenómeno.

## Capítulo 2. Marco contextual

La globalización de la pobreza ha provocado contextos sumamente precarios, sobre todo en los países periféricos, que gradualmente aumentan sus movimientos migratorios. La relación pobreza-migración está ligada a cientos de prejuicios, que ubican a las movilidades en el orden de lo patológico, esto como resultado de la construcción de un cúmulo de divisiones y diferencias que legitiman el ejercicio del poder de unos pocos sobre la mayoría de la población mundial. Según Castles y Delgado:

la migración es vista como resultado de poderosos factores económicos y demográficos tanto en el sur como en el norte, mismos que son percibidos como consecuencia inevitable de la llamada globalización (...) los migrantes provenientes del sur (en especial los trabajadores de escasa capacitación, así como quienes solicitan asilo) son percibidos como un problema – incluso una amenaza (...) (2007, 6).

Las condiciones de miseria y precariedad también son factores de expulsión social que provocan movilidades forzadas, obligando a las personas a buscar espacios en los que puedan reconstruir su vida de manera digna, libres de discriminación y violencia.

En este contexto, Ecuador se ha convertido en un país de tránsito para miles de migrantes que anhelan mejores condiciones de vida. Es el caso de millones de venezolanos que, a causa de la crisis económica y social de su país, han experimentado una de las mayores estampidas de su historia. Según el Banco Mundial (2020), entre el 2015 y el 2019, al menos 400.000 venezolanos decidieron establecerse en Ecuador.

Sin embargo, a pesar de que muchos migrantes pensaron en Ecuador como una opción para reconfigurar sus vidas, la crisis social de este país ha evidenciado, a través de los estallidos sociales de los últimos años, la precariedad en la que vive la mayoría. Situación que se ve agravada por los efectos de la pandemia, a nivel mundial. En este contexto miles de personas, de los sectores populares locales y extranjeros han decidido buscar mejores destinos.

La oficina de Migraciones de Panamá ha revelado que los ecuatorianos son la segunda nacionalidad que más atraviesa por el Darién de forma irregular. Al menos 29.356 cruzaron esa selva durante todo el 2022. Aunque no se compara con los más de 150.000 venezolanos que lo hicieron, sí muestra un aumento alarmante. Mientras en enero del año anterior fueron 100 migrantes por esa trocha, en diciembre pasaron por ahí 7.821 (El País 2022).

La internacionalización del trabajo enmarca formas de migración forzada. Miles de trabajadores son expulsados de sus países, en donde viven en situaciones de pobreza, y para

quienes la migración es una apuesta por mejores días. Sin embargo, su situación se complejiza por su condición de “ilegal”. La irregularidad de los migrantes los expone a todo tipo de exclusiones, dificulta y limita las estrategias que puedan desplegar para su supervivencia no alcanzan, las discriminaciones sociales e institucionales niegan sus derechos y les impiden competir en condiciones de igualdad (Castles 2013).

A pesar de que en Ecuador la actual Constitución de la República (2008) establece la ciudadanía universal y de que existen múltiples tratados y convenios internacionales que protegen los derechos humanos de lxs migrantxs, en la práctica no se cumple ni la igualdad, ni el derecho a la no discriminación por motivos de raza, étnia, color, sexo, género, idioma, opinión política, nacionalidad o posición económica y social. Los estudios críticos del refugio muestran que las racionalidades políticas y las tecnologías del poder son mecanismos de gobierno que manipulan la conducta de los individuos, a través de discursos, instituciones y prácticas que legitiman determinados imaginarios sociales. “La aplicación del marco de la gubernamentalidad para interrogar el campo de las migraciones y el refugio ilumina los modos en que los desplazamientos humanos son catalogados como amenaza” (Araujo y Clavijo 2022, 200).

En una de sus exposiciones las autoras Herrera y Cabezas (2019) señalan que, pesar de que Quito es una de las ciudades más xenófobas de la región, acoge a miles de migrantes, sobre todo venezolanos, que buscan los espacios más convenientes para habitar, en ese sentido escogen preferentemente los barrios populares que ofrecen facilidades de vivienda y trabajo.

Uno de estos es el barrio de Solanda, que se caracteriza por sus flujos migratorios, su alta dinámica comercial, y por su reputación en el imaginario urbano como un lugar conflictivo y peligroso. Es importante señalar que el barrio es un lugar de encuentros y disputas por excelencia, la diversidad no es posible sin la tensión y el conflicto. Sin embargo, se ha naturalizado la xenofobia como parte del discurso y las prácticas cotidianas. A continuación, se cita un fragmento de una entrevista del documental “Zoolanda, la ciudad sur”:

No quisiera volverme xenofóbico, porque no lo soy, ni mucho menos pretender alimentar una tendencia de esa naturaleza, pero lamentablemente tengo que decirlo y no es por xenofobia, desde que ciertos sectores de los países vecinos que se han incorporado a Solanda, el microtráfico es mucho más evidente, y algunas pandillas lideradas por vecinos que no quiero decir el país por respeto (Zoolanda, ciudad sur 2021).

El discurso de identidad nacional se vuelve un comodín al momento de exaltar los valores nacionales, y evocar un pasado idílico y armónico; por supuesto nada más alejado de la

realidad. La diferencia extranjera o local siempre ha incomodado al estatus quo, el discurso xenófobo se ampara en la diferencia cultural para construir sujetos inferiores o peligrosos. “Aparece el racismo cultural como el lente que hace inteligible a la población migrante más reciente, sobre todo de nacionalidad venezolana, frente a la población local. Este racismo genera efectos discriminantes en lo económico y en lo simbólico” (Santillán, Ramón 2021, 144).

La población migrante prefiere los barrios populares para habitar, pues son sectores consolidados y aptos para ejercer todo tipo de actividad comercial, además son lugares bien abastecidos en donde hay facilidades para proveerse de lo necesario. Según Moscoso y Burneo (2013) la decisión de ubicarse en ciertos sectores pasa principalmente por los accesos y beneficios que este presenta. En barrios dinámicos como el Comité del Pueblo, el Centro Histórico o Solanda los migrantes encuentran productos al por mayor para la venta, son lugares aptos para el desarrollo del comercio informal. A pesar de que los barrios periféricos y populares son estigmatizados por ser considerados peligrosos, los migrantes que llegan a habitarlos tienen la percepción de que, en comparación con su lugar de origen, estos son más tranquilos y seguros (Ramón 2017).

Solanda es parte de la historia de segregación del sur de Quito. El aparato municipal desde sus inicios gobernó para la clase dominante, satisfaciendo los deseos y las necesidades de ese sector, en detrimento de los más pobres. “La incipiente industria de construcción y urbanización sentó las bases para que los terratenientes urbanos aseguren el dominio del capital a través del sector inmobiliario” (Achig 1983; Santillán 2015; Ramón 2017). Esta historia tiene dos momentos:

[...] en el primero coinciden la segregación física y la construcción simbólica que la representa; es decir que se puede hablar de una ciudad dual, tanto en lo material como en su representación. Y en un segundo momento, dicha representación se emancipa de la base material que le daba soporte, pues la estructura de la ciudad se complejiza y la segregación ya no se ajusta al modelo binario. Sin embargo, la representación mantiene viva la imagen de dos ciudades contrapuestas, entre las cuales media el Centro (Santillán 2019, 37-38).

El crecimiento segregativo de la ciudad planteó la necesidad de legitimar la ubicación socio-espacial de los sectores sociales. Así el plan Odriozola legitima la segregación planificada, la zona industrial y obrera se ubicó al sur de Quito, el centro se mantuvo como un espacio patrimonial y administrativo y en el norte se construyó el “barrio jardín” para las clases medias y altas. “Una de las principales manifestaciones de la segregación fue la formación de

barrios de primera, segunda y tercera clase con infraestructura, equipamiento y estilo propios” (Achig 1983, 91).

El sur se organizó a través del Consorcio de los barrios del Sur y empezó a reclamar lo que por derecho les correspondía. La falta de urbanización, la escasez de agua y luz, la pésima e incipiente planificación vial fueron varias de las exigencias al cabildo. La presión social y organizativa de los barrios permitió que, de a poco, las funciones urbanas se consoliden.

A pesar de que, con el tiempo, el incontrolable crecimiento de Quito incorpora nuevos asentamientos, las periferias y los sectores obreros y populares ya no son exclusividad del sur, sino que se ubican en el norte y en los valles, pervive el imaginario de una ciudad segregada y dividida. Los límites imaginarios diferencian a grupos y a clases sociales de acuerdo a su ubicación socio-espacial.

Para 1988 Solanda era un barrio periférico del sur de Quito, no existían servicios básicos, y las condiciones de habitabilidad eran mínimas. En este sentido, es importante mencionar el trabajo organizativo de las mujeres, que mediante el Centro de Mujeres de Solanda (CEMUS), la primera organización legalmente reconocida, se consiguió el 90% de la infraestructura del sector. Sin embargo, el rostro visible de la dirigencia era (es) masculino, por lo que el trabajo de las mujeres no ha sido debidamente reconocido (Rodríguez 1989; Ramón 2017).

El barrio, desde sus inicios, fue habitado por migrantes internos, que antes de vivir en Solanda, habían pululado de un sector a otro, con la esperanza de algún día tener casa propia. La organización desarrolló amistades y enemistades en el territorio, permitió construir redes de capital social y sentidos de pertenencia e identidad (Ramón 2021). Sin embargo, con el tiempo y el crecimiento del barrio la representatividad tenía, cada vez, menos capacidad de convocatoria. Una vez conseguida la infraestructura urbana la organización barrial se diluyó. Según Ángela Giglia (2012) después del proceso de obtención de vivienda y servicios urbanos la organización social se repliega en la vida doméstica o privada, y la mayoría ya no muestra interés por la acción colectiva.

Hay que considerar también que el crecimiento poblacional y la diversidad que genera dificultan las formas de re-conocimiento entre los habitantes. La consolidación urbana de Solanda provocó la incorporación progresiva de suelo comercial, muchas viviendas pasaron a ser locales comerciales. En el año 2000 estalla la crisis del feriado bancario, y miles son expulsados por las condiciones precarias que imposibilitan la subsistencia de las familias

ecuatorianas. Los migrantes pertenecen a las clases desposeídas, las olvidadas y postergadas. No existen datos exactos de cuantas fueron las personas que migraron desde Solanda, pero lo que sí se sabe es que las remesas enviadas a las familias aumentaron la capacidad de consumo y endeudamiento en el sector (Ramón 2017).

El crecimiento de las casas da cuenta del valor económico y simbólico que representa este bien para las familias. Sin embargo, muchos de estos espacios ahora son destinados al arriendo como forma de darle rentabilidad a lo invertido (Santillán, Ramón 2021).

El aumento de inquilinos, que proviene de distintos lugares del país, de la región y del mundo ha generado gran diversidad, y transformaciones en la composición social del sector, lo cual se ha convertido en una de sus características.

Para la mayoría de los nuevos habitantes el barrio representa lo que Abramo (2011) llama capital locacional, es decir un espacio con ciertas condiciones que permiten mejorar la calidad de vida. Hay que tomar en cuenta, además, que el estigma que pervive en el imaginario quiteño sobre el sur no recae sobre este grupo, lo que les permite ver de manera menos prejuiciosa la pertenencia a este sector (Santillán, Ramón 2021).

Solanda fue un barrio pensado para 20.000 habitantes, hoy tiene una población de más de 100 mil personas, más población flotante. La oferta de un barrio consolidado, con beneficios de vivienda, de empleo, y redes de apoyo es atractiva para “poblaciones extranjeras que empezaron a llegar al Ecuador desde inicios de este siglo, empezando por la población colombiana que a raíz del Plan Colombia empezó un desplazamiento forzado y actualmente la migración venezolana masiva desde el 2015” (Santillán, Ramón 2021, 115).

Como se comentó antes, Solanda es un barrio de tradición migrante y se sostiene por la impresionante proliferación de comercios en sus diferentes sectores, desde aquellos más amplios y sólidos, hasta la venta informal en calle que es perseguida y sancionada por las autoridades de control.

La presencia de venezolanos en Solanda es la más notoria y significativa, tanto es así que hay quienes han re-bautizado el barrio como “VeneSolanda”. La mayoría de migrantes se dedica a la venta informal de diversos artículos, como tabacos, ropa, comida, etc. Solanda siempre ha estado marcada por el comercio informal, lo cual no es una particularidad, sino solo un reflejo de la situación generalizada de los sectores populares en el país. Ese mismo sector informal es el que ha acogido a la mayor cantidad de migrantes venezolanos

Según Herrera (2021), en el caso de Ecuador el 60% de la población migrante trabaja en el sector informal. A la condición precaria del trabajo informal, se le suma la tensión entre los trabajadores, locales y extranjeros, que deben competir en plena calle por la obtención de recursos. Aquellos que logran emplearse en algún establecimiento, rara vez lo hacen en condiciones de plena formalidad y con garantías laborales, cobran pagos diarios, y pueden ser fácilmente removidos.

Desde mi perspectiva, esto ha incrementado las prácticas xenófobas. Los comerciantes informales que ocupan las calles son relacionados directamente con el incremento de la delincuencia, la violencia y la venta y consumo de drogas. Se ha relacionado sin mayor reflexión, su figura de personas extrañas y que ocupan el espacio público con la de agentes de agresión y desorden. Incluso se les relaciona con prácticas culturales ofensivas que también son comunes en la población ecuatoriana, como el consumo de alcohol, el uso de parques para actividades festivas o provocar peleas en estado etílico.

Uno cuando va a casa ajena hay que hacerse a las costumbres de esa casa, no llevar costumbres uno allá. Si uno va con las costumbres de Ecuador a España le van a ver mal, la gente colombiana o venezolana vienen con esas costumbres acá, a poner esas costumbres. Se ponen a tomar afuera de las peluquerías ¿esas costumbres tenemos nosotros?, no. Ellos sí tienen esas costumbres [...] (Zoolanda, ciudad sur 2021).

La discriminación y la xenofobia también se manifiestan en el ya repetido discurso de que la población venezolana reduce las posibilidades de trabajo de los ecuatorianos, sea porque se apodera de establecimientos que pudieron haber sido aprovechados por ecuatorianos, o porque cobran cantidades considerablemente inferiores y por tanto se convierten en un recurso humano que se oferta en desigualdad de condiciones.

### **Capítulo 3. Principales hallazgos de la investigación**

Hasta ahora, el recorrido de la investigación me ha permitido exponer cómo migración y precariedad pueden ser condiciones íntimamente imbricadas que transgreden la vida de las personas y configuran escenarios de vulnerabilidad que se reproducen constantemente, más allá de la ubicación geográfica de las personas. Aquellos migrantes que sufren de pobreza, discriminación y subordinación en sus países de origen, muchas veces no cuentan con los recursos, oportunidades y derechos que les permiten superar estas afectaciones en los países de destino.

El contar con esta perspectiva teórica, junto con la aplicación de estrategias metodológicas de acercamiento, observación y diálogo con fuentes directas, me ha permitido recoger una cantidad considerable de información y tener elementos para su interpretación. Lo que aquí comparto es mi análisis general de la experiencia migratoria atravesada por condiciones de precariedad y riesgo, usando como guía argumental los componentes fundamentales del enfoque interseccional: género, etnia/raza y clase.

Por motivos explicativos, al principio ofreceré una exposición segmentada de las categorías género, etnia/raza y clase, para poder profundizar en algunas particularidades, aclarando que, en la vida real y práctica, todos se conjugan y retroalimentan, justamente intersectándose. En el cierre del capítulo buscaré exponer las interacciones entre elementos.

Para elaborar este análisis realicé entrevistas a profundidad a siete personas migrantes venezolanas que habitan en el barrio Solanda, ubicado en el sur de Quito, capital de Ecuador. Estas son: Sonia León, costurera de 39 años; Keyrling Ramírez, trabajadora informal de 38 años; Neiser Querales, trabajadora informal de 37 años; Yuleidy Ramírez, comerciante de 37 años; Sergio López, constructor de 51 años; Yudmir Infante, trabajador de limpieza y artista de 34 años y; Wilmer Braca Silva, estibador de 45 años. Además de su nacionalidad, todas estas personas comparten una situación socioeconómica difícil, marcada por los trabajos de supervivencia, la búsqueda permanente de empleo, las deudas y la incertidumbre. Son, además, madres y padres de familia que sobrellevan no solo la preocupación de su propia subsistencia, sino la de sus familias.

Todas estas personas son mis vecinas, a algunas conozco más tiempo que a otras, saludo con ellas cada vez que nos vemos en el barrio, compartimos comentarios sobre la situación del barrio, la política o su situación en Ecuador. Sus experiencias migratorias, “dibujan” un escenario que, por momentos, puede alcanzar expresiones dramáticas, pero también

demuestran la resiliencia y capacidad de lucha de las personas para construirse una realidad más digna, a pesar de las condiciones socioeconómicas y políticas que les marcan. Desde sus voces, busco construir una visión crítica de la migración.

### **3.1 Roles de género: desigualdades y violencias**

Los fragmentos de entrevistas que he seleccionado para esta sección ilustran las diferencias sexo-genéricas que han determinado ideas hegemónicas y roles sociales específicos entre hombres y mujeres. Si bien la migración de mujeres, generalmente, reproduce estereotipos sociales en donde se asignan determinados lugares a la mujer, también hay momentos en que estos se ven afectados por las contingencias que obligan a replantear la organización social de las familias.

Otro de los aspectos observados es que, a pesar de que con luchas y reivindicaciones las mujeres han conseguido incorporarse, cada vez más, al mercado de trabajo, no es menos cierto que lo hacen en condiciones de desigualdad, con salarios más bajos, y con limitaciones para participar en ciertos espacios.

Los relatos muestran la reproducción estereotipada de las familias, pero a la vez trastocada por ciertas coyunturas. Las experiencias de las mujeres migrantes devienen precarias debido al limitado acceso a recursos y garantías. Todas se despojan del autocuidado, se postergan y se arriesgan porque nada importa más que el bienestar de los hijos y de la familia.

Asumen sus cuerpos como herramienta de producción y reproducción. En todos los casos se reproducen los estereotipos de lo masculino y lo femenino. A pesar de que trabajan, y algunas han podido alcanzar mayor autonomía económica que otras, sus esposos no estuvieron de acuerdo con que ejerzan algún tipo de actividad económica. El prejuicio de que la maternidad atribuye a la mujer el rol esencial de cuidadora naturaliza su pertenencia al espacio doméstico y privado.

Las teorías feministas disidentes han cuestionado el carácter universal del feminismo blanco, que no tomó en cuenta las experiencias de mujeres atravesadas por ejes de desigualdad como la raza, la clase y otros. La perspectiva interseccional se plantea develar los mecanismos que producen y reproducen las relaciones jerárquicas del género. “Para ello, asume la difícil tarea de los desenmascaramientos: de formas de opresión, de falsos universalismos, de múltiples clasificaciones sociales y su incidencia en la vida de las personas” (Magliano 2017, 694).

Los relatos de Sonia, Keyrling, Neiser y Yuleidy muestran la reproducción estereotipada de las familias, es decir con base en los roles de género socialmente establecidos. Pero, que en ciertas coyunturas se trastocan y se cuestionan.

Sonia León vive en Solanda hace 4 años. Es hija de una costurera y no creció con su padre. En Venezuela ayudaba a su mamá en su pequeño taller, y ahora en Quito improvisó uno muy pequeño, en la casa en la que vive junto a su esposo y su hijo, y en donde hace arreglos a la ropa de sus vecinos. Cito parte de su relato:

el dinero se iba agotando y mi esposo no conseguía trabajo [...] él no quería que trabaje porque me decía que quien se iba a hacer cargo de los niños, pero yo le decía que si él no consigue trabajo me toca buscar a mí (...) cuando llegaba a la casa, mi esposo, a veces, hacía la comida, otras veces me tocaba llegar a cocinar, el domingo era mi único día libre, para lavar ropa y limpiar la casa (...) Ahora arreglo prendas en mi casa, algunos vecinos ya me conocen (...) (entrevista a Sonia León, participante, Quito, diciembre 2022).

Es notable cómo el relato de Sonia expone la permanencia de roles de género en sus formas más típicas. Es una mujer migrante y empobrecida, pero que por su condición de mujer se ve presionada a reducirse al rol de cuidadora y que, cuando logra trabajar fuera de casa, no puede eludir el cumplimiento de una doble jornada de trabajo productivo y reproductivo, siendo el trabajo de cuidado una práctica menos valorada, lo que se advierte cuando Sonia indica que lavar y limpiar son las actividades de un día libre, a pesar de ser también trabajo no remunerado.

El siguiente relato es de Keyrling Ramírez, ella vive en Solanda hace 4 años. Desde que llegó se ha cambiado varias veces de casa, pero siempre en el mismo barrio, del cual dice apreciar la facilidad de encontrar de todo. Es madre de hijos de 2 niños pequeños.

[...] Yo casi que no he podido trabajar porque me he hecho cargo de los niños, ha sido mi esposo el que tenía dos o hasta tres empleos. Yo vine para que estemos juntos como familia, y para colaborar en lo que se pueda. He trabajado vendiendo salchipapas, cuidando niños, limpiando, pero ese es un trabajo esporádico. No duro mucho porque no tengo con quien dejar a los niños (...) trabajar, trabajar así mucho no he podido (...) (entrevista a Keyrling Ramírez, participante, Quito, enero, 2023).

En el relato de Keyrling nuevamente se evidencia cómo el trabajo de cuidado es una condición que parece ineludible para las mujeres migrantes y reduce sus capacidades de conseguir dinero para el sustento familiar. Existe aquí una suerte de doble paralización, por un lado, la que produce el tener que maternar a 3 personas menores de edad y que requieren de

cuidados permanentes, y la dependencia económica a los aportes que puede realizar su pareja. Keyrling es una mujer a la que se le dificulta salir de su condición de precariedad porque está rodeada de limitantes.

Neiser Querales es oriunda de San Fernando de Apure, en los llanos de Venezuela. Primero viajó su marido, que iba rumbo a Perú, pero en el camino cambió de ruta. Luego de 7 meses de que su marido se haya establecido en el Mercado Mayorista en Quito, Neiser y él se reencontraron. Ella trabajó más de dos años atendiendo los baños del mercado. Trajo a sus dos hijas y a su nieto de Venezuela, y aquí fue abuela por segunda vez. Dice que desea irse este mismo año porque considera que las cosas en Ecuador están tan difíciles como en Venezuela. Cito parte de su relato:

[...] después de que allá todo se pone peor, yo decido venir, porque imagínese mi sueldo allá era de 17 dólares y yo siempre he estado a cargo de mis hijas, y ya no me alcanzaba (...) vine con la idea de enviarles dinero para que puedan estudiar y mantenerse, pero no se pudo (...) yo les enviaba 50 semanal y eso no les alcanzaba, mejor decidí traérmelas (entrevista a Neiser Querales, participante, Quito, enero 2023).

Sin duda, Neiser no es la única migrante que encuentra que sus condiciones de mujer empobrecida y responsable directa del cuidado de su familia no mejora después de emprender la travesía migratoria. Muchas veces, la búsqueda de mejores condiciones es un acto de fe más que una garantía.

Lo anterior se confirma con el relato de Yuleidy Ramírez. Ella es de Maracay y vive en Ecuador hace 4 años y medio, tiene un hijo ecuatoriano y dice que quisiera regresar a Venezuela o viajar a EEUU, porque siente que aquí no hay futuro:

Aquí vendo salchipapas, choripanes y perros calientes con bebida, a un \$1,50, no se gana mucho, a veces nada, (...) Quiero llevarme el coche para la J (una de las calles con más actividad comercial de Solanda y de Quito), o para una calle principal (...) no tengo con quien dejar a mi hijo (...) a veces, yo le digo a Yudmir (su pareja) que nos vayamos, que aquí no tenemos nada. (...) (entrevista a Yuleidy Ramírez, participante, Quito, diciembre 2022).

La experiencia migratoria es dinámica y las contingencias reivindican la agencia y la capacidad de los sujetos para construir nuevos sentidos. La escasez de recursos provocó que estas mujeres tripliquen sus esfuerzos, además del trabajo reproductivo, es decir del cuidado de la casa y de la crianza de los hijos, ahora también son parte fundamental en el proceso de producción económica en sus hogares. “La memoria de las voces de las migrantes abre brecha para provocar cambios semánticos en las plasticidades del auto y hetero-representaciones, en

torno a un fenómeno tan complejo como vital: la movilidad humana” (Varela y López 2021, 288).

Estas experiencias de migración, con sus especificidades, son parte de la dinámica de imbricación de categorías y etiquetas que estructuran los imaginarios y las prácticas de los sujetos migrantes. Las relaciones de poder pasan por su condición de mujeres migrantes, esposas, madres, amas de casa, venezolanas, etc. “La perspectiva interseccional sugiere que no existe una percepción de género que sea racial y étnicamente ciega” (Magliano 2017, 694).

Los relatos muestran cómo la precariedad es una condición de vida que viaja con la mujer migrante. El ser expulsadas de su país y buscar otros para subsistir no significó mejorar su calidad de vida, por el contrario, las enfrentó a situaciones de mayor riesgo y vulneración. La crisis de la reproducción de la vida ejerce mayor presión sobre las mujeres. La feminización de la supervivencia se refleja en el relato de las mujeres migrantes que sostienen desarrollo productivo y reproductivo de las sociedades en todos los niveles.

El desempleo femenino, pero también el desempleo masculino en los sectores tradicionales, ha multiplicado la presión que se ejerce sobre las mujeres para encontrar modos de asegurar la supervivencia doméstica. La producción alimenticia de subsistencia, el trabajo informal, la emigración, la prostitución, todas estas actividades han adquirido una importancia mucho mayor como opciones de supervivencia para las mujeres (Sassen 2003).

Sin embargo, la interseccionalidad no es sinónimo de mujeres, sino que alude también a las experiencias de varones y a las desigualdades que los atraviesan. Una perspectiva interseccional crítica permite desmontar estereotipos para replantearnos los roles opresivos socialmente asignados. Es importante cuestionar las violencias normalizadas hacia los hombres, en este sentido, podemos citar los fragmentos de los relatos de los esposos de las mujeres antes mencionadas.

Sergio López salió de su natal Caracas en el año 2016, vivió antes en Colombia y ahora en Quito, en el barrio Solanda. Está casado con Sonia León con quien tiene 2 hijos, Gregory y Yoselyn. De nuestra conversación escogí el siguiente fragmento para ilustrar parte de la precariedad en sus trayectos migrantes:

(...) Yo ahora te puedo decir que gracias a mi Dios me encuentro bien, ese accidente casi me mata, me rompí la cabeza, tengo 17 puntos, y me rompí el brazo derecho, yo soy diestro (...) para mí fue fulminante, caí en depresión, era como que ya no quería vivir, ya no podía trabajar, tuvimos días sin comer (...) con la plata que nos prestaron solo pudimos pagar un

poco el arriendo, los dueños son personas buenas y nos supieron comprender y nos esperaron, a los niños no les faltó, aunque sea, la arepa con agua (...) estuve tres meses casi sin poder moverme, me estaba volviendo loco en la casa (...) del brazo no quedé muy bien (...) hace poco empecé a trabajar de nuevo en una distribuidora china, no es muy bueno el pago, pero es algo, mi esposa es la que me ayuda, ella es costurera (...) (entrevista a Sergio López, participante, Quito, diciembre 2022)

En el relato de Sergio existe también un trasfondo de condiciones sexo-genéricas. Siendo el hombre de la familia, es por antonomasia el proveedor económico principal y su paralización constituye el riesgo general de la familia, cuya subsistencia apenas puede ser atendida por los ingresos de su esposa, que es a la vez cuidadora de sus hijos y de su pareja y debe afrontar una triple jornada laboral.

La teoría de los "roles sexuales" sigue vigente y para muchos/as es también un atributo de la naturaleza. Se sigue afirmando, aunque cada vez pierda más fuerza, que la familia se estructura en torno al varón, quien tiene la autoridad, debe proveer y proteger a su mujer e hijos/as. Una estructura sin orden se desvanece. De allí que basta que el varón se case o comience a convivir para que, automáticamente, pase a ser quien está en el vértice de esta estructura (Olavarría 2001, 32)

Yudmir Infante vivía en Caracas con sus padres, empezó sus estudios universitarios, pero los suspendió por priorizar el trabajo. Es primo de Sergio López, y migró por primera vez a Chile a finales del 2016, luego fue para Perú y ahí conoció a su esposa, Yuleidy. Ahora viven en Quito, en Solanda:

(...) ahora soy parte del personal de limpieza de una empresa, tengo diferentes turnos, me van rotando los lugares, cuando no trabajo los fines de semana, me dedico a vender accesorios tecnológicos en los buses o en la calle (...) mi esposa es la que se hace cargo de la casa, ella es la que está aquí pendiente de todo (...) (entrevista a Yudmir Infante, participante, Quito, diciembre 2022)

La cultura machista y patriarcal también asigna lugares opresivos a los hombres, el rol del protector y proveedor los obliga a revestirse de dureza, y los despoja de la posibilidad de expresar sus sensibilidades. Los estereotipos masculinos exigen a los hombres demostraciones de fortaleza y virilidad que, muchas veces, ponen su vida en riesgo, la debilidad no es una opción. Sergio afirma haber estado desesperado, al punto de querer morir, no poder mantener a su familia le hacía sentir invalidado; y además no soportaba estar en la casa, no solo porque dentro de ella no ganaba dinero, sino porque la casa no es el espacio "natural" de un hombre.

Desde pequeños los niños crecen asimilando la idea de que con el trabajo serán reconocidos como hombres, sostiene. En este sentido, lo laboral aparece como la herramienta para llegar a ser. El trabajo los legitima entonces como hombres, los autoafirma en su identidad, les otorga identidad social, es la principal fuente de reconocimiento social para el hombre, en particular el de sus pares (los varones). Se lo considera como vía de dignificación personal y se asocia también con el ejercicio de la autoridad y el poder (Mauro, Araujo y Godoy 2001, 57).

El contrato social asume que el espacio doméstico le corresponde a la mujer, es ella la que por naturaleza debe encargarse de los hijos y los quehaceres. Según Olavarría (2001) para que una mujer comparta o asuma una posición de autoridad en el hogar debe demostrar que es capaz de generar recursos sin descuidarse de “sus tareas”. En este sentido, las migraciones no solo suponen desplazamientos geográficos, sino también descentramientos simbólicos vitales que permiten re organizar la vida de las personas.

El imaginario del sentido común de la sociedad refleja que los roles femeninos y masculinos han sido asumidos en el discurso y en la práctica como naturales, casi nunca se cuestionan, y cuando se lo hace el equilibrio familiar se ve afectado. Que las mujeres sean más solventes que sus compañeros y que estos se hagan cargo de las tareas del hogar, según las experiencias relatadas, ha ocasionado quiebres en el hogar, que muchas veces, se han manifestado de manera violenta.

Igual que en los relatos de sus esposas se asume que el trabajo del hogar es competencia de las mujeres y la intervención del hombre es vista como “ayuda”, no como parte de una responsabilidad recíproca. De la misma forma el trabajo de la mujer, también, se entiende como ayuda para el hombre, lo que pone en entredicho su real independencia. Las actividades cotidianas del cuidado y reproducción son invisibilizadas y confinadas al ámbito privado. “Así visto, la noción de cuidados se solapa en parte con la de trabajo no remunerado: el conjunto de actividades que deben hacerse para llegar hasta donde el consumo no llega” (Precarias a la deriva 2004, 203).

Cuando Sergio se accidentó fue despedido, sin ningún tipo de garantías para su vida. Desde mi perspectiva, y a la luz de la teoría expuesta, considero que los cuerpos precarizados son desechados cuando ya no son funcionales al sistema. Al parecer las clases desposeídas solo importan como ejércitos de mano de obra, como cuerpos explotables y de consumo.

Sergio, Yudmir y Wilmer, son migrantes irregulares que trabajan en condiciones precarias, por un sueldo menor al básico, en ninguno de sus empleos los han asegurado, ni reciben

ningún beneficio de ley. Este contexto pone en entredicho el rol hegemónico del hombre-proveedor, lo cual convoca la urgencia de otras masculinidades y feminidades.

Solventar económicamente a la familia, cuidar a hijos y parejas, reconocer cuál es el lugar propio de hombres y mujeres, son factores que entran en juego y tensión en el contexto de migraciones en condiciones de precariedad. Como lo indica Magliano (2015), en las migraciones internacionales, las clasificaciones de género, clase, origen nacional, raza, etnicidad, edad, condición migratoria y religión pueden incidir directamente en la vida cotidiana de mujeres y varones e influir de manera determinante en su acceso a derechos y oportunidades, así como en las situaciones de privilegio o de exclusión que de ellas se derivan.

### **3.2 Clase social: la vergüenza y el estigma de ser pobre**

El desarrollo capitalista, desde sus inicios, necesitó de ejércitos de mano de obra precarizada, provenientes de distintos lugares del mundo. La diferenciación social y su consustancial desigualdad desde siempre fue la base del sistema, los mecanismos de diferenciación se han ido actualizando de acuerdo a los contextos. Dividir a la población a partir de determinados criterios es lo que ha legitimado la inequidad social. “En diversas épocas, términos como fuerza de trabajo no libre, sexismo, racismo, discriminación, precariedad y negación de los derechos humanos y de los trabajadores han sido utilizados por los críticos para caracterizar estos procesos” (Castles 2013).

El mercado global de trabajo se caracteriza por la diferenciación del capital humano. Categorías como género, raza, etnia, clase, entre otras, son marcas que determinan la posición social de las personas y, por lo tanto, sus condiciones de vida. En este sentido, la interseccionalidad “puede resultar potencialmente útil para examinar los sentidos e implicancias del mercado laboral en la vida de los/as migrantes, en tanto la articulación de clasificaciones sociales puede producir subordinación respecto al trabajo” (Magliano 2017, 701).

Como lo indica Castles:

[...] las diversas formas de reestructuración de la fuerza de trabajo se suman a un proceso llamado por los economistas segmentación del mercado laboral. Esto significa que las posibilidades de que la gente obtenga empleo dependen no sólo de su capital humano, sino también de su género, raza, etnia, estatus legal, edad, ubicación y otros criterios no económicos. Más recientemente, los científicos sociales han comenzado a hablar de trabajo

precario y a analizar los procesos que empujan a ciertas categorías de trabajadores — especialmente a los migrantes— hacia empleos inseguros y explotadores (Castles 2013).

Castles afirma que para el capitalismo el precariado es una categoría socioeconómica de vital importancia, la sociedad de clases es el resultado de las diferenciaciones que utiliza el sistema neoliberal del trabajo para legitimar las desigualdades sociales. Los migrantes son parte del sector precarizado de trabajadores, su situación de irregularidad los somete a exclusiones estructurales que condicionan sus estrategias de supervivencia.

A continuación, comparto algunos relatos que ilustran las condiciones de esta categoría. Así lo indica Sergio López:

Llegamos a Ecuador por trocha, llegué con un grupo de personas, en el camino pasamos de todo, me robaron mi maleta y casi todo mi dinero, crucé por trocha por miedo a que me devuelvan. (...) en Quito me esperaba mi primo, él ya vivía aquí en Solanda, también había llegado aquí por amistades. Nos recibió y me ayudó a conseguir un trabajo (...) Empecé a trabajar en las construcciones con él, él jefe era un arquitecto joven que necesitaba gente para la construcción. (...) tuve trabajo por ocho meses seguidos, y pudimos arrendar esta casa, pero tuve un accidente y cambió todo, recién estoy saliendo de eso (entrevista a Sergio López, participante, Quito, diciembre 2022)

Como se menciona en el relato de Sergio, su trayecto no estuvo exento de abusos en los cruces fronterizos, en donde coyoteros y delincuentes aprovechan su desamparo. No se respetan sus derechos, pues la mayoría de las veces sus vidas quedan supeditadas a la arbitrariedad de las interpretaciones de los estados y se les restringe el acceso a recursos de protección. Sin embargo, esto no merma la intensidad de los flujos migratorios, por el contrario, presiona a las poblaciones a buscar o reincidir en el uso de rutas y opciones que ponen en riesgo sus vidas.

Neiser Querales es oriunda de San Fernando de Apure, en los llanos de Venezuela, y ella también comparte su compleja experiencia como mujer migrante empobrecida, cuya condición se presta también para ser objeto de otras transgresiones:

Trabajé cuidando y atendiendo a la gente en el baño del mercado, trabajaba 18 horas, no nos iba mal, no me arrepiento, y le agradezco a esa señora que me pagaba 20 diarios, aquí lo máximo que dan son 10 dólares (...) yo sabía que en ese trabajo me estaba matando, porque me dolía mucho la columna y las piernas y la gente no era fácil, oyó. Pero mi objetivo era traer a mis hijas a como dé lugar. A pesar de que esa señora era difícil, era grosera, mandona, a

veces me trataba mal, y yo me callaba, pensaba en mis hijas, en que tenía que reunir para sus pasajes (...) (entrevista a Neiser Querales, participante, Quito, enero 2023)

El relato de Neiser da cuenta de cómo las experiencias cotidianas configuran sistemas de vida que responden a relaciones de dominación, que se dan en todas las escalas de lo social. El desempleo o el empleo informal afecta en mayor medida a las mujeres, quienes asumen el bienestar y la supervivencia de la familia como su responsabilidad inherente. En este sentido, la migración en condiciones de vulnerabilidad y la sobreexplotación se vuelven opciones casi inevitables.

Wilmer Wilfredo Braca Silva es esposo de Neiser y vive en Ecuador más de 4 años. Su destino inicialmente era Perú, pero en el camino optó por Ecuador. Desde que llegó trabaja en el mercado Mayorista, en la carga y descarga de productos:

Ese trayecto es feo y no se lo deseo a nadie, nos humillaban por pedir comida, en donde nos agarraba la noche nos quedábamos, conocimos una señora chévere que nos ayudó. Cuando llegué al Mayorista no tenía dónde dormir, así que coloqué tablas y un plástico, ahí hay un baño con ducha, y yo ahí pagaba. Yo trabajo hasta el día de hoy en el mercado descargando los productos que llegan, a veces me dan 10 dólares, a veces 15 (...) como soy irregular no he buscado otro trabajo, no me he preocupado de hacer esos papeles porque para eso hay que tener plata y tiempo (...) (entrevista a Wilmer Braca, participante, Quito, enero 2023)

Wilmer es parte del ejército de mano de obra barata, parte del conjunto de trabajadores que han sido expulsados de sus países, en donde vivían situaciones precarias. Su rol de proveedor de la familia provocó que sea el primero en irse, buscar estabilidad y luego llevar a su familia al costo que sea. Aunque eso implique privarse de satisfacer ciertas necesidades, incluso que se postergue el proceso de regularización, pues finalmente implica tiempo y plata; recursos de los que menos dispone una persona migrante.

Como es notable, la condición de pobreza no solo pone en riesgo la subsistencia directa al afectar el acceso a alimentos, una vivienda digna o medicinas, sino que genera también un círculo vicioso de vulnerabilidad, pues la falta de dinero impide gestionar la regularización en los países de acogida, lo que hace permanente la condición de irregularidad y por tanto se dificulta el acceso a trabajos mejores remunerados o poder contar con ciertos derechos y garantías que tienen como requisito la tenencia de documentos legales.

El sistema construye subjetividades y cuerpos predispuestos a la explotación, el cuerpo como mero instrumento de producción y consumo. Incluso el mínimo tiempo libre que se tiene es dedicado a producir más, es tiempo para seguir trabajando. Lo narrado muestra cómo los

migrantes venezolanos experimentan la precarización de la vida. Por lograr sus metas se someten a distintas formas de maltrato, una vez en el país de destino las dificultades no paran, tienen que lidiar con discriminaciones, xenofobia, irregularidad, y de más formas de vulnerabilidad social y simbólica.

En ese contexto, no importa dormir a la intemperie, ni comer una sola vez al día, el deseo de mejorar las condiciones de vida familiar está sobre cualquier otra necesidad. Todos los entrevistados trabajan en condiciones de informalidad, es decir ninguno tiene garantías. Cuando Sergio sufrió un accidente que lo paralizó no tuvo ningún tipo de cobertura de salud o apoyo más que el de sus redes de amigos y familiares. Los trabajadores migrantes son fuerza de trabajo hiper flexible, fácilmente desechable para el empleador. La realidad migrante en los sectores populares es más compleja aún, ya que la gente local ya vive en medio de varias formas de precariedad. En ese contexto, los migrantes deben enfrentar las crisis cotidianas que la migración no pudo solucionar.

### **3.3 La diferencia cultural: causa de discriminación**

La división entre grupos sociales por criterios de género, clase, prejuicio étnico/cultural, estatus migratorio, entre otros, genera desventajas entre individuos de la misma condición social. El/la migrante en condiciones de precariedad lleva, desde origen, el estigma de la pobreza. Los migrantes que llegan en condiciones de vulnerabilidad vienen de experimentar una serie de exclusiones que provocaron su salida.

Esas exclusiones no se diluyen en los países de destino y, de hecho, pueden intensificarse si se alimentan de estereotipos culturales negativos que ven en el extranjero y el distinto al potencial agresor o corruptor del bienestar comunitario.

La "raza", al igual que ciertas características étnicas, es una construcción simbólica que se utiliza en ciertas circunstancias sociopolíticas como criterio de definición y delimitación de grupos humanos. Las "razas" no existen como fenómenos naturales, mientras que la etnicidad, a pesar de las buenas intenciones, tiende a ser concebida como característica de grupo no puramente cultural, siendo "naturalizada" (Stolcke 2000, 42).

Los discursos discriminatorios y las prácticas xenófobas son el resultado de construcciones sociales racistas, que justifican la hegemonía económica, política y social de unos pocos. Ahora se discute el concepto de etnicidad para referirse a las formas y manifestaciones socioculturales de las distintas naciones, sin embargo, la diversidad y la diferencia son naturalizadas como causas de desigualdad social.

os siguientes fragmentos son experiencias de discriminación étnico/cultural, de mayor o menor intensidad, que expresan los migrantes venezolanos:

Yudmir expone las diferencias que encontró entre Chile y un barrio popular en la capital de Ecuador:

(...) allá (en Chile) la gente es muy racista, no me gustaba el trato, no me acostumbré, son déspotas, se creen superiores que uno (...) aquí me gusta, desde el primer momento yo me sentí a gusto en este barrio, aquí la gente es más chévere, más alegre, me gusta que hay mucho movimiento y se puede hacer de todo (...) (entrevista a Yudmir Infante, participante, Quito, diciembre 2022)

Yuleidy también expone sus experiencias en dos países, y aunque ambas son negativas, matiza estos comportamientos maltratantes afirmando que no son prácticas generalizadas:

(...) A mí sí me han dicho que me vaya, una señora me dijo: “venezolana abusiva”, yo estaba vendiendo shawarma en un carrito y cuando se lo di, ella consideró que le di muy poco, pero yo tenía medido todo, a nosotros nos dan todo medido, y sabemos más o menos cuánto debe salir la ganancia, y yo se lo expliqué, le dije que eso cuesta un dólar, que si quiere más, pues le cuesta un poco más (...) en todo lado hay gente de todo, gente buena y mala (...) En Perú, también tuve un problema en una tienda de ropa, donde trabajaba, una señora me quiso tratar mal, como que yo fuera menos, demasiado grosera y altanera; me dijo que los venezolanos somos problemáticos y que por eso nadie nos quiere, en ningún lado (...) (entrevista a Yuleidy Ramírez, participante, Quito, diciembre 2022)

La cadena de violencias que la imbricación de categorías sociales implica es experimentada por cada persona de manera específica, a la vez que configura un sistema social excluyente que se manifiesta de distintas maneras en la cotidianidad. La crisis venezolana provocó una de las mayores diásporas en la historia de la región. La expulsión de miles de personas se dio de forma estratificada, siendo la de los últimos años la más precaria. Los relatos reflejan un tipo de migración más bien forzada, o sea aquella que se realiza por falta de garantías a la vida en el país de origen.

Keyrling expresa cómo la discriminación y criminalización de los migrantes afectó directamente a sus hijos y, aunque esta ponía en riesgo su derecho a educarse, fue preferible renunciar al estudio antes que exponerse a la violencia: “mis hijos estudiaban en una escuela del barrio, pero siempre les ponían problemas por lo que son extranjeros. Tenían compañeros que les decían “venecos váyanse a su país” (Keyrling Ramírez, enero 2023).

El desprecio que los migrantes venezolanos han experimentado en sus trayectos está determinado por procesos de diferenciación que tienen lugar en circunstancias históricas concretas, y se manifiestan en momentos de crisis socioeconómica y política. Los insultos y las descalificaciones son los recursos que usan los locales para diferenciarse de los migrantes, para exagerar las diferencias entre dos naciones que son parecidas y que, incluso, tienen una historia común. Los sentimientos de identidad nacional se manifiestan a partir de prácticas y actitudes hostiles hacia los otros. Los migrantes se construyen como seres extraños, sus manifestaciones socioculturales se presentan como exóticas, salvajes y peligrosas (Anzaldúa 2004) (Agier y otros 2007) (Posada 2009).

Las prácticas culturales de cada nación crean una comunidad imaginada, cerrada, que se representa a partir de un nosotros y un ellos. Las divisiones nacionales y las fronteras geográficas determinan quiénes tienen derechos y quiénes no. Desde mi perspectiva, la noción de migración y migrante responde a procesos de neo-colonización donde los países de tercer mundo son racializados y jerarquizados para justificar su explotación.

Lo que llama la atención es que el proceso de discriminación se da entre naciones y culturas similares. Es decir que, son los propios sectores subalternos los que reproducen discursos y prácticas racistas entre personas de una misma condición socioeconómica, bajo el argumento de que son de distintas naciones.

Un barrio es un lugar de encuentros y disputas, la diversidad no es posible sin la tensión y el conflicto. Sin embargo, se ha naturalizado la xenofobia, se exaltan supuestos valores nacionales, y se evoca un pasado idílico y armónico. Nada más alejado de la realidad, la diferencia extranjera o local siempre fue motivo de discriminación. Los contextos de crisis social y económica han hecho de los migrantes chivos expiatorios, sujetos inferiores y/o peligrosos, que son sospechosos si vienen de países empobrecidos, a los que se puede distinguir por la extrañeza de su piel, de su voz, de su cuerpo o el fenotipo que los caracteriza.

### **3.4 Migraciones precarizadas: cuando las vulnerabilidades se encuentran**

En el contexto de los procesos migratorios señalados aquí, marcados por la amenaza a las garantías básicas para la vida, la expulsión del país de origen, la irregularidad, el despojo y la incertidumbre; las condiciones de género, etnia/raza y clase se conjugan formando un escenario particularmente transgresivo.

El relato de Neiser Querales es particularmente expresivo sobre la intersección de vulneraciones de género, clase y etnia/raza, pues no solo que expone la discriminación y estereotipación que sufren las mujeres venezolanas, sino que demuestra cómo la vulnerabilidad se configura por la interacción de la diferencia cultural, la condición de mujer, la edad y el tener que desempeñarse en trabajos precarizados, afectación que no solo se experimenta en el cuerpo propio, sino que se reproduce en los hijos, nuevamente como una suerte de círculo de violencia que se hereda y reproduce:

Una vez cuidando el baño le pedí a una señora que no desperdicie el agua, porque ya le conté que mi jefa era bien estricta con eso, ella me hacía cuentas y decía que los cúbicos de agua deben coincidir con el dinero, y si no me descontaba. Cuando le dije eso uy no esa señora empezó que “veneca chuchasumadre (sic) cállese la boca”, “veneca de mierda (sic) váyase a su país”, y no, eso sí que me acabó de derrumbar (...) yo no dije nada, se me hizo un nudo en la garganta (...) No crea, yo llevé mucho insulto ahí, yo me di cuenta que hay gente ecuatoriana y peruana, que, en verdad, aborrece a los venezolanos (...)

En otra ocasión, estaba yo ahí en la puerta del baño atendiendo y fue mi jefa también ese día, y llegó con una amiga y esa amiga empieza así “ay amiga, es que me estoy muriendo de las iras, no sé cuándo se irán esas putas (sic) venezolanas, que solo vienen a quitar maridos (...) Yo estaba que me moría, porque mientras ella decía eso yo estaba ahí, a lado de mi jefa, y la señora no dijo nada (...) Dígame usted en qué país no hay gente mala (...)

A mí hija le quiso violar un ecuatoriano. En eso aparece un señor que sí lo conocíamos de ahí del mercado, y le dice a mi hija que él le puede acercar a la casa, ella confiada se sube y luego ese señor se le bota encima, cogiéndole todo, diciéndole que quiere estar con ella, y no sé qué más. Mi hija logra zafarse y llegó pálida a la casa (...) (entrevista a Neiser Querales, participante, Quito, enero 2023)

El último fragmento de Neiser Querales muestra las experiencias de violencia y acoso que viven muchas mujeres venezolanas. La representación sexista de su belleza ha provocado una serie de estereotipos que están presentes en el imaginario social, además de cargar con todo el prejuicio de género, clase y etnia, tienen que lidiar con la hipersexualización de sus cuerpos, lo cual pone en riesgo sus vidas.

Neiser y sus hijas son la evidencia de cómo las vulneraciones son interseccionales. Su condición de migrantes venezolanas, con sus propias características físicas, estéticas y culturales, las ubica en la posición del Otro, de aquel ente extraño y nocivo que afecta al tejido social y las costumbres de la comunidad ecuatoriana. Son las extranjeras cuyas costumbres y moral son nuevas y contrarias a lo que se conoce y valora en Ecuador (Castro,

Torres 2012). Esto se intensifica por su condición de mujer, pues las ubica en el rol del Otro exótico, seductor, lascivo, con una imagen profundamente estereotipada de la mujer y su sexualidad, lo cual, desde la visión de otras mujeres es moralmente censurable, y desde la lectura masculina las ubica en el rol de mujeres accesibles y disponibles para su satisfacción (Butler 2002). En ambos casos, las mujeres migrantes son objetualizadas y sus subjetividades se descartan a favor del estigma y el reduccionismo moral.

Me es difícil no pensar que esto tiene una relación directa con la condición de pobreza y marginalidad en que estas personas desarrollan sus vidas, una pobreza que traspasa las fronteras, que viaja con las personas. Es esa pobreza, sumada a la reducción a la otredad y a la estereotipación y estigmatización por ser mujer, lo que empuja a que Neiser y sus hijas tengan que trabajar vendiendo café en las plazas o cuidando baños públicos a cambio de pocos dólares y a pesar de los maltratos sufridos. Es esa combinación de factores la que hace que Neiser deba anticipar su despido por hacer un comentario defendiendo su dignidad como venezolana, o que sus hijas sean violentadas al aceptar una ayuda que pensaban desinteresada.

Por supuesto que esta interseccionalidad de condiciones negativas marca también la vida de los hombres migrantes, pero también hace visible que la condición de mujeres puede ser particularmente riesgosa. No obstante, esto no ha anulado las capacidades de agencia y lucha de los migrantes que me acompañaron en este estudio. A pesar de la precariedad, siempre les queda fuerzas para intentar en nuevo negocio, para cruzar la ciudad en búsqueda de trabajo, para pensar cómo resolver las deudas de un mes y esquivar las del próximo, para poder ir un domingo al parque, disfrutar de una bebida con los amigos y tratar de soñar en una posible vida mejor.

## Conclusiones

La potencia del enfoque interseccional permite comprender las experiencias individuales de precariedad, las dimensiones sociales que se manifiestan en lo material e ideológico y la determinación de las condiciones de vida de los distintos grupos sociales. El contexto que la globalización neoliberal impone como condición indispensable para la expansión del sistema es la precarización de la vida económica y social, tal y como se la explicó a lo largo del estudio. La precariedad de las experiencias narradas excede lo meramente económico, tiene que ver con la restricción y el desconocimiento de derechos y accesos a recursos económicos, sociales y culturales elementales para que toda persona realice su proyecto de vida.

El sistema capitalista clasifica a las personas a partir de categorías que las ubican en determinadas posiciones del campo social, unas en mayor desventaja que otras. Cada eje de desigualdad influye en las vidas de los sujetos racializados, inferiorizados, discriminados, etc., y configura relaciones de poder que estructuran la sociedad de clases. Los procesos migratorios permiten comprender la interacción de estas clasificaciones determina accesos o exclusiones, como las experimentadas por los migrantes entrevistados.

Las experiencias narradas muestran que la dimensión de los ejes de desigualdad depende de los contextos sociales. En el caso de las mujeres, por ejemplo, el género agudiza la situación de precariedad, trabajan el doble o el triple, por sueldos menores y siguen a cargo del trabajo reproductivo. A esta condición se le suman la clase social, la nacionalidad y la discriminación socio-cultural, imbricaciones sociales que perpetúan la desigualdad. La migración entre países periféricos revela el imaginario colonial que sobrevive y que se actualiza en las prácticas y discursos de discriminación, que se exacerban en contextos de crisis.

Muchos de los migrantes venezolanos que llegaron a Solanda en los últimos años lo hicieron a través de redes de apoyo que referenciaban el espacio como adecuado para vivir o para emprender algún pequeño negocio. Esto da cuenta de la importancia de las redes migratorias y los capitales de los que estas disponen al momento de influir o dinamizar posteriores poblaciones migrantes. Las redes de apoyo hacen más llevaderas las condiciones de subsistencia y alojamiento, lo que no solo ayuda a la reducción de costos económicos, sino también emocionales.

La crisis económica que atraviesa Ecuador ha provocado la salida masiva de ciudadanos locales y extranjeros, en su mayoría venezolanos, lo que ha impactado en la estructura y dinámica de estas redes. Sin embargo, aún es notable la significativa presencia de población

venezolana en el barrio lo que permite el desarrollo de un sentido de identidad, a partir del sostenimiento de ciertas costumbres, como la comida, la jerga, deportes, música, etc. Como afirma Peter Herrera: “Solanda me hace acuerdo mucho a mi barrio, la gente en la calle, la bulla, las bielas, la música, la gente alegre...” (Zoolanda, ciudad sur 2021).

Aunque he identificado casos en los que hay alianzas entre locales y extranjeros, la generalidad es que entre estos la relación suele ser más práctica que afectiva. En este sentido las redes migratorias sirven, de alguna forma, de soporte; pero, a la vez, pueden funcionar como grupos cerrados hacia la comunidad local.

Los flujos migratorios de las personas que fueron parte de este estudio muestran que su condición de pobreza es transnacional, aquellas personas que salieron de Venezuela siendo pobres, no han dejado de serlo en Ecuador, la pobreza, la vulnerabilidad, el riesgo y la precariedad viajan con las personas. Su condición estructural establece un limitado abanico de opciones y posibilidades de proyectos de vida. Esta condición de vulnerabilidad permanente se agudiza en interacción con el género, la clase, la etnia, etc.

Las historias de los riesgos a los que se exponen las poblaciones venezolanas no son diametralmente opuestas a las que también narraban nuestros coterráneos en Europa. Las narrativas xenófobas son el producto de asociaciones poco fundamentadas entre la población migrante y las crisis socio económicas de los países de acogida. El creciente flujo venezolano coincide con un retroceso de la economía ecuatoriana (Herrera y Cabezas, 2019), y por consiguiente un empobrecimiento generalizado.

A pesar de que Ecuador tenga una Constitución que garantiza los derechos de los migrantes, en la práctica lo que sucede es que no se cumple lo estipulado. Es importante señalar que, el hecho de entrar a un país de forma ilegal, no significa, bajo ningún concepto, que la persona pierde sus derechos humanos, y el país de acogida está en la obligación de garantizarlos.

La realidad migrante en Solanda es compleja. Muestra de forma evidente la explotación impuesta o autoimpuesta a la que una población empobrecida debe enfrentarse y que no alcanza a ser superada a pesar de la migración. Ni se acumula dinero suficiente para convertir a las remesas en el auxilio tan esperado para las familias, ni se sale de la pobreza que ya se vivía, ni se logra esquivar las formas de discriminación que marcan a las poblaciones excluidas.

## Referencias

- Abramo, Pedro. 2001. "La teoría económica de la favela: cuatro notas sobre la localización residencial de los pobres y el mercado inmobiliario". *Boletín: Notas para entender el mercado inmobiliario. Ciudades para un futuro más sostenible* 20. <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n29/apabr.html>
- Achig, Lucas. 1983. El proceso urbano de Quito. *Un ensayo de interpretación*. Centro de Investigaciones Ciudad. <http://www.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/43021.pdf>
- Agier, Michel, Nicolas Autheman, Claude Peschanski y Raphaël Godechot. 2017. "Dossier Un mundo de campamentos". *Le monde diplomatique* 4. Mayo de 2017.
- Anzaldúa, Gloria. 2004. "Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan". En *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* 20, 71-80. Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.
- Araujo, Sandra y Janneth Clavijo. 2022. "Reconfiguración del discurso sobre refugio en el contexto sudamericano: integración y autosuficiencia como solución duradera". *Discurso y Sociedad*, 16 (1): 195-226.
- Butler, Judith. 2002. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. 1era ed. - Buenos Aires - Paidós
- Castles, Stephen. 2013. "Migración, trabajo y derechos precarios: perspectivas histórica y actual, en *Migración y desarrollo* 36, vol. 11, núm. 20, 2013.
- Castles, Stephen y Raúl Delgado Wise. 2007. "Introducción. Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur", en *Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur*, Castles Stephen y Raúl Delgado Wise (coords.). Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas – Secretaría de Gobernación – Organización Internacional para las Migraciones.
- Contreras Hernández, Paola; Trujillo Cristoffanini, Macarena. 2017. "Desde las epistemologías feministas a los feminismos decoloniales: Aportes a los estudios sobre migraciones". En *Athenea Digital* 17, 145-162.
- Castro Yerko, Marta Torres (coord.), 2012. *La migración y sus efectos en la cultura*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), colección "Intersecciones", México D. F.
- Giglia, Angela. 2012. "El Habitar y la Cultura". *Perspectivas teóricas y de investigación*. ENAH-UAM Iztapalapa: Anthropos Editorial.
- Hernández-Castillo, Rosalva Aída. 2008. "Feminismos poscoloniales: reflexiones desde el sur del Río Bravo". En *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*, editado por Suarez L. y Hernandez Aída 468, 68-112. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Herrera, Gioconda. 2013. Cap. III. "Historias de cuidado, familias transnacionales y desigualdad social". En: *Lejos de tus pupilas: familias transnacionales, cuidados y desigualdad social en el Ecuador* 151, 98 -143. Quito: FLACSO-Ecuador
- Herrera, Gioconda y Gabriela Cabezas. 2019. *La migración venezolana en la región*. Quito, Ecuador: Flacso Ecuador.
- Herrera, Gioconda y Gabriela Cabezas. 2020. "Los tortuosos caminos de la migración venezolana en Sudamérica: tránsitos precarios y cierre de fronteras". *Migración y Desarrollo*, 18(34): 33-56.

- Herrera, Gioconda. 2021. "Migraciones en pandemia: nuevas y viejas formas de desigualdad", *Nueva Sociedad* 11, N. 293: 106-116.
- Lamas, Marta. (1999) 2022. "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género". En *Marta Lamas: dimensiones de la diferencia. Género y política: antología esencial*, coordinado por Gabriela Méndez Cota 908, 45-75. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Magliano, María José. 2015. "Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos". En *Revista Estudios Feministas*, 23(3).
- Mauro Amalia, Kathya Arauja y Lorena Godoy. 2001. *Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado de trabajo*. HOMBRES: IDENTIDAD/ES Y VIOLENCIA. 2º Encuentro de Estudios de Masculinidades: Identidades, cuerpos, violencia y políticas públicas. FLACSO-Chile.
- Moscoso Raúl y Burneo, Nancy. 2014. *Más allá de las fronteras: la población colombiana en su proceso de integración urbana en la ciudad de Quito*. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Instituto de la Ciudad, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.
- Olavarría José. 2001. *Hombres e identidades: crisis y globalización*. HOMBRES: IDENTIDAD/ES Y VIOLENCIA. 2º Encuentro de Estudios de Masculinidades: Identidades, cuerpos, violencia y políticas públicas. FLACSO-Chile.
- Precarias a la deriva. 2004. *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficante de sueños.
- Posada, Paola A. 2009. "Refugiados y desplazados forzados. Categorías de la migración forzada creadas como medidas de contención a las migraciones no deseadas". *Estudios Políticos*, No. 35, pp. 131-152.
- Ramón, Pamela. 2017. *Solanda, el caleidoscopio de la experiencia urbano-barrial*. Tesis de maestría, FLACSO Ecuador.
- Ramón, Pamela y Alfredo Santillán. 2021. *Zoolanda, ciudad sur* [video]. Quito: Batracio Studio Fílmico.
- Rodríguez, Lilia. 1989. *Las Mujeres de Solanda: mujer, barrio popular y vida cotidiana*. Quito: CEPAM-ILDIS.
- Santillán, Alfredo. 2015. "Imaginario urbano y segregación socioespacial. Un estudio de caso sobre Quito". *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 8 <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.cvu8-16.iuss>
- Santillán, Alfredo, Pamela Ramón. 2021.
- Santillán, Alfredo y Pamela Ramón. 2021. "(Vene)Solanda". Una etnografía a escala barrial de la población venezolana en Quito". *PERIPLOS, Revista de Investigación sobre Migraciones. Volumen 5 - Número 2*.
- Sassen, Saskia, 2003. *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, Editorial Traficantes de sueños, Madrid.
- Stolcke, Verena. 2000. "¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad...Y la naturaleza para la sociedad?". En *Política y Cultura*. No. 014.